6143

EL

LAUREL DE VIRGILIO

DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO DEL FRANCES

POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTIA, NÚM. 12.

EL LAUREL DE VIRGILIO.

Imprenta Central á cargo de V. Saiz, Colegiata, 6.

EL

LAUREL DE VIRGILIO

DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO DEL FRANCES

POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

EL LAUREL DE VIRGILIO

POEMA EN ARTE MAYOR Y EN TRES CANTOS

POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
ATOCHA, NÚM. 19

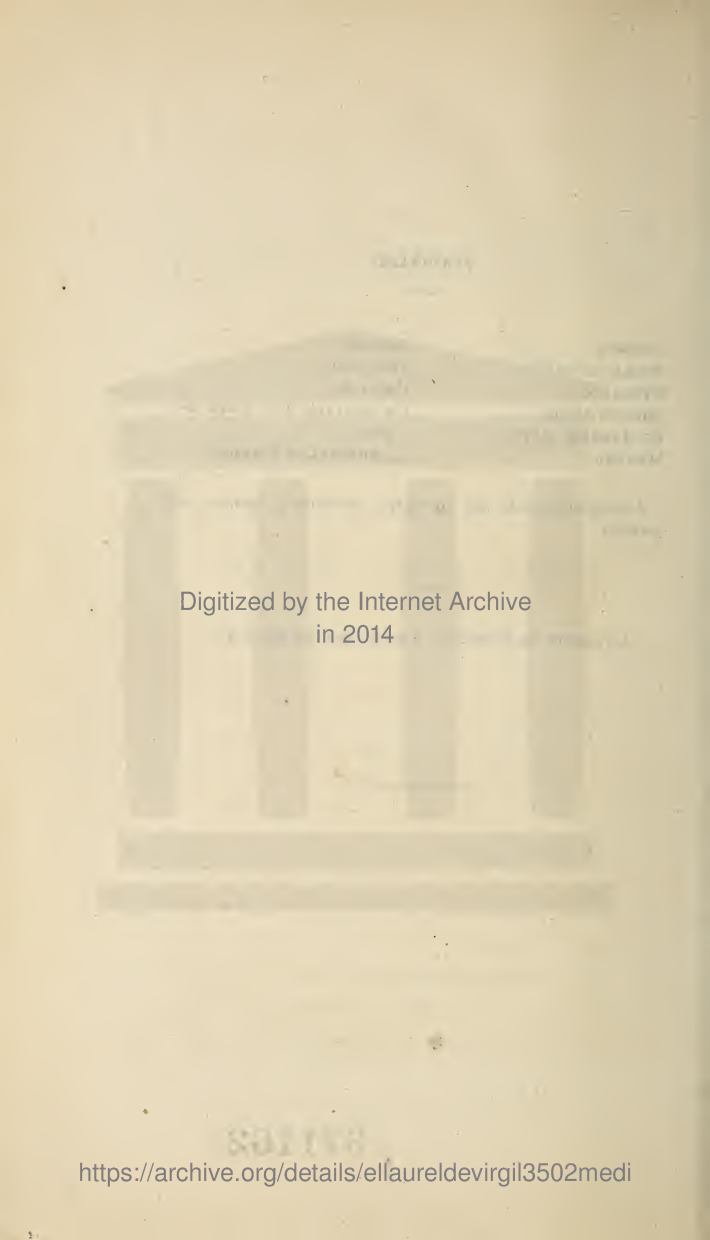
PERSONAJES.

Leonor.	Ascanio.
Rolla (escultor).	Tebaldeo.
Stéfano.	Un paje.
Miguel Angel.	Un enviado del gran duque.
El marqués Appiani.	
Manuel.	La nodriza de Leonor.

Acompañamiento del marqués, grandes y gentes del pueblo.

La accion en Florencia, á mediados del siglo XVI.

671162


Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/ellaureldevirgil3502medi

EL LAUREL DE VIRGILIO.

Taller de escultor.—A la derecha un tablado de gradas, en cuyo centro hay una gran estatua que aparece cubierta por una ancha cortina.—Puerta al fondo, y otra á la izquierda.—Estatuas, mármoles, etc., y una mesa sobre la cual se ven varios dibujos.

ESCENA PRIMERA.

ROLLA, *dormido al pié de las gradas del tablado*, *y* ASCANIO, MANUEL *y* TEBALDEO, *que entran por el fondo.*

MANUEL. Vedle dormido.

ASCANIO. ¡Ah, perezoso!

TEBALDEO. ¡Y qué pálido está!

ASCANIO. Habrá pasado la noche en alguna orgía.

TEBALDEO. ¡Bah! Demasiado sabeis que nuestro pariente es más frio que sus estatuas.

ROLLA. (Deteniéndole.) En verdad, señores parientes, que estais abusando de mi paciencia. Respetad lo que oculta esa cortina, ó no respondo de contenerme:...

TEBALDEO. ¡Nos amenaza! ¡Oh! no se jactará de habernos intimidado. Adelante, señores...

ROLLA. (Cogiendo un martillo y levantándolo sobre Tebaldeo, que es el que se halla más próximo.) ¡Miserables!

(En este momento entra Stéfano y detiene á su hermano colocándose entre él y sus parientes.)

ESCENA II.

DICHOS.—STÉFANO.

STÉFANO. ¿Qué ocurre, qué motiva esta querella? ¡Oh! No es Rolla, seguramente, quien os ha provocado. ¿A qué venís á buscarle? ¿Para sorprender sus secretos?

TEBALDEO. No; para impedir que te haga participar por más tiempo de su miseria... para que no te pierda como él se ha perdido... Pronto tendrás un nuevo tutor.

STÉFANO. ¿Qué oigo? ¿Quereis separarme de mi hermano?

ASCANIO. Desde ahora puedes irte preparando á dejarle. (Vanse Ascanio y Tebaldeo por el fondo.)

ESCENA III.

ROLLA.—STÉFANO.—MANUEL.

STÉFANO. ¿Es cierto, Rolla, que intentan separarnos?

ROLLA. Nada temas.

MANUEL. Yo impediré que llegue ese caso, pues lejos de combatir la resolucion de Rolla, voy á hacer algunas gestiones para proporcionarle trabajo... El marqués Appiani, que es muy amigo de mi protector, está en vísperas de casarse, y ha mandado hacer el modelo de un palacio que quiere ofrecer á su futura como regalo de boda. El encargado de hacerlo es Julio Bramante, y yo procuraré que te recomienden á él.

STÉFANO. Podeis decir que no será la primera vez que mi hermano se ocupe en esos trabajos, porque igual encargo le hizo en Génova el senador Andrea Costa; y tan satisfecho quedó de él y tanto afecto nos cobró, que á no haberse visto obligado á emigrar, ni á Rolla le hubiese faltado nunca trabajo y proteccion, ni hubiéramos tenido que abandonar nuestra patria.

MANUEL. ¿Segun eso, conoceis al senador Andrea Costa?...

STÉFANO. ¡Ya lo creo! y á su hija tambien. Por cier-

to, Rolla, que nunca me hablas de ella, y eres un ingrato en haberte olvidado tan pronto de la compañera de mi infancia y de tu juventud, que es tan buena como hermosa.

MANUEL. Pues precisamente la hija del senador Andrea Costa es la futura esposa del marqués Appiani.

STÉFANO. ¿Acaso está en Florencia?

MANUEL. Hace ya un año.

STÉFANO. ¡El mismo tiempo que nosotros! ¿Oyes, Rolla?

ROLLA. Lo sabía.

STÉFANO. ¿Y no has ido á verlos?

ROLLA. No.

STÉFANO. ¡Ah! Pero el dia de su casamiento iremos á rogar á Dios que la haga dichosa... ¿No es verdad?

ROLLA. ¡Yo!...

MANUEL. Cualquiera creeria que esa noticia te disgusta.

ROLLA. ¿Por qué? Despues de todo, no creo que sea cierta...

MANUEL. Sí, sí; yo lo aseguro.

ROLLA. Permíteme que lo dude... Pero, en fin, aunque fuese verdad, ¿debo, en conciencia, felicitar á un hombre que sólo me ha dispensado beneficios, por el casamiento de su hija con el marqués Appiani?

MANUEL. El marqués es noble como un príncipe

y rico como un cardenal... Es uno de los favoritos del gran Duque.

ROLLA. Dí más bien que es su espia, y que se alaba de ello... Y para completar su elogio, puedes añadir que aún no se ha olvidado en Florencia la prematura muerte de su primera esposa.

MANUEL. ¿Te atreverias á imputarle un crímen?

ROLLA. No solo se mata con el puñal ó el veneno...

MANUEL. Advierte, Rolla, que Florencia no es ya una república, y que el gran Duque desea que su naciente poder infunda á todos el mayor respeto... Cuenta, pues, con lo que hablas. Por otra parte, el marqués Appiani es un decidido protector de los artistas, y yo puedo hacer que te recomienden á él.

ROLLA. ¡Oh! no; ¡preferiria morir de hambre!

MANUEL. Bien, allá tú... Mas ten presente lo que te profetizo: tu inflexible orgullo te perderá. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV.

ROLLA.—STÉFANO.

STÉFANO. ¡Orgulloso, porque nada le pides!...

ROLLA. ¿Qué me importa?

STÉFANO. ¿Has almorzado?

ROLLA. No tengo ganas.

STÉFANO. Entónces retírate á descansar.

ROLLA. Tampoco tengo ya sueño.

STÉFANO. ¿Cómo que no, y has estado trabajando toda la noche? Pero ahora que me acuerdo, ¿á qué obedecia el empeño de nuestros señores primos en descorrer esa cortina? ¡Pues no abrigaban pocas pretensiones! Conque yo que soy tu hermano y tu confidente no sé aún lo que ahí se oculta... Me figuro que será una estatua, porque ví traer el mármol... Pero como no has dado un solo martillazo en mi presencia...

ROLLA. (Cogiendo de un rincon una pequeña estatua.) Toma, Stéfano, ve á casa de Salomon Dorcas, el mercader de antigüedades, á ver si quiere quedarse con esa estatua.

STÉFANO. ¡Ah! este es sin duda el fruto de tu trabajo nocturno. ¡Un San Pedro!... ¡Qué bien está! ¿Te acuerdas de las esculturas góticas que adornan el coro de Nuestra Señora en Génova? Cualquiera diria que este San Pedro es una de ellas.

ROLLA. He procurado imitarlas.

STÉFANO. ¡Ah! Si tú presentaras una obra en ese concurso... ¡qué ocasion pierdes! ¡Estoy seguro de que ganabas la corona!

ROLLA. Bien; déjame...

STÉFANO. (Está visto que nada puedo averiguar.) Pues voy á casa de Salomon, y vuelvo en seguida.

ROLLA. No te apresures por el dinero, guárdalo y vé á pasar el dia con tu maestro...

STÉFANO. Pronto juzgarás de mis adelantos. (¿Qué significa este empeño de estar solo?)

(Vase por el fondo y Rolla cierra tras él la puerta.)

ESCENA V.

ROLLA.

¡Tambien él me habla del concurso! Es indudable que voy á dejar escapar una magnífica ocasion; pero no soy dueño de mi obra. Por otra parte, aún le falta algo... ese endiablado brazo... ¡Oh! Hay artistas á quienes el destino condena á luchar siempre en vano contra la oscuridad y la desgracia... y acaso yo soy uno de esos desdichados... ¡Sueños ardientes de mi juventud, demonios tentadores que habeis hecho resonar en mi oido las palabras de «levántate y anda...» esperanzas de trabajo, ilusiones de porvenir, fiebre de gloria, ¿me habreis engañado? (Se sienta con aire pensativo.—La puerta de la izquierda se abre bruscamente y entran dos mujeres envueltas en sus mantos.—Rolla sale á su encuentro.)

ESCENA VI.

ROLLA.—LEONOR, *y la nodriza de ésta.*

LEONOR. ¡Ah! Rolla, al fin os veo...

ROLLA. ¿Sois vos, Leonor?...

LEONOR. ¡Silencio! ¿No oís el rumor de pasos que se alejan?

ROLLA. No.

LEONOR. (A su nodriza.) Escucha, Ginebra... Colócate junto á esa puerta, y ten cuidado...

(Se retira la nodriza dejando entreabierta la puerta.)

ROLLA. ¿Qué ha ocurrido para tenerme un mes sin veros? ¡Un mes que me ha parecido un siglo!

LEONOR. Ha estado mi padre enfermo, y no he podido alejarme de su lecho ni un instante. Hoy, por fin, he hallado ocasion... Mas al atravesar esa calle, desierta siempre por el mal paso que ofrecen las ruinas del palacio Lorenzo, me ha parecido distinguir una sombra que me seguia...

ROLLA. Nada temais; no es probable que os hayan reconocido, ni creo que nadie tenga por qué espiaros.

LEONOR. Desde nuestra última entrevista, no sé qué vago temor se ha apoderado de mi espíritu que á todas horas me atormenta. Creo que mi padre sospecha algo, y si así fuera...

ROLLA. Estabais perdida, ¿no es cierto?

LEONOR. Sin duda.

ROLLA. Entónces, ¿por qué venís? ¿á qué empeñaros más en un amor que os ofrece tal peligro? Bien sé que no estamos ya en Génova; que el destino ha dispersado vuestra familia, y que las persecuciones han destruido vuestra fortuna. Pero aún se levantan entre nosotros, como insuperable barrera, las preocupaciones de raza, y sería una locura olvidarlo. Cualquiera que sea la posicion que yo alcance, jamás podré satisfacer el orgullo de un patricio genovés que cuenta más de un Dux entre sus antepasados... ¡Ah! todavía estamos á tiempo... desligad vuestra suerte de la mia... yo os devolveré el anillo que cambiamos en un momento de loca esperanza... Dejadme seguir solo mi camino, y olvidadme.

LEONOR. ¿Qué decís? ¡Imposible!

ROLLA. Más imposible es que yo viva, viendo cuán desgraciada os hace mi cariño.

LEONOR. ¿Y en qué os fundais para creerlo así? ¿En que os manifiesto cierta inquietud? Más cruel os mostrais vos tratando de destruir mis esperanzas. ¿Por qué no ha de consentir mi padre en nuestra union? Ya no es el rico senador Andrea Costa, poseedor de tres palacios en Génova y dueño de una inmensa fortuna, sino un pobre y proscrito anciano. Hoy, Rolla, sois más rico que él, puesto que teneis porvenir.

ROLLA. Pues bien; áun á riesgo de que volvais á llamarme cruel, os lo diré todo... No son vanos los temores que abrigais... Vuestro padre quiere casaros, y el marido que os destina es el marqués Appiani.

LEONOR. ¡Cielos!

ROLLA. Todo el mundo lo sabe ya en Florencia, y todos aprueban la eleccion... Es noble, rico, favorito del gran Duque... No hace mucho que aquí mismo me lo aseguraban... ¡Oh! hubiera podido adivinarlo por el odio que, sin conocerle, me inspira.

LEONOR. Cierto es que el marqués va á nuestra casa con frecuencia; pero ¿cómo ha de llevar esa intencion, si hace más de un año que se proyectó su enlace con una de las hijas del príncipe Colonna?

ROLLA. ¿Estais segura?

LEONOR. Segurísima. Mas poco importaria en todo caso... Porque ántes que dar mi mano á otro hombre, ántes que verme obligada á seros infiel, sabria ir á llorar mi desventura al fondo de un claustro. Dios sabe cuán puro es nuestro amor... Nunca tendré por qué avergonzarme de confesarlo... Y cuando llegue hasta mi retiro el rumor de vuestros triunfos, cuando yo oiga elogiar vuestras obras y glorificar vuestro nombre, me diré con orgullo: ¡Yo he sido la primera en compren-

derle y adivinar su talento, la primera mujer á quien él concedió su amor!

ROLLA. ¡Oh! la primera y la única, Leonor mia! ¡Bendita seas! Tu voz me inspira y me consuela... Ignoro lo que el destino me tiene reservado; mas contando con tu amor, alentado por la esperanza de merecerte, ¿qué obstáculos habrá que yo no venza?

LEONOR. ¿En qué estado se encuentra la estatua?

ROLLA. ¡Oh! mucho he trabajado desde que no nos vemos... Pero no me hables de mi trabajo cuando yo sólo pienso en tu amor. ¿A qué ocuparse de la copia teniendo delante el original?

LEONOR. Segun eso, ¿no la presentas al concurso?...

ROLLA. Pues qué, ¿has pensado?...

LEONOR. Ciertamente.

ROLLA. ¿Y has podido creer que yo, al hacerla, tratara de otra cosa que de proporcionarme tu retrato? No; al emprender tan grata obra, sólo se hablaba del concurso mandado abrir por el gran Duque... sólo el nombre de Santa Cecilia bullia en la mente de los artistas... Y hé aquí por qué te he convertido en esa santa. Me acordaba de Génova, de aquel alegre mirador donde te ví por vez primera, y bajo el cual te oí otras muchas, ebrio de amor, embelesado, loco, arrancar al arpa sonidos ménos dulces y armoniosos que los de tu voz, y quise perpetuar en el mármol el más en-

cantador de mis recuerdos... Pero ahí está, bajo esa cortina, como en un santuario, y jamás saldrá de ahí. Yo no soy admitido en los círculos que tú frecuentas, donde sólo los nobles, los grandes, los favorecidos por la fortuna, tienen el privilegio de contemplar tu rostro sin velo; y presentar tu retrato en esa estatua, sería hacer público nuestro amor, sería decir á todo el mundo: ella ha venido á mi casa.

LEONOR. ¡Es verdad!

ROLLA. Y cuando tantos obstáculos se oponen á nuestra dicha, cuando muy pronto quizá voy á perderte, ni por la gloria de Miguel Angel consentiria en desprenderme de esa estatua. ¿Que sería de mí sin tí y sin ella? ¡Oh! no te rias de mi locura... Pero, sea porque la considero como mi primera obra, ó sea porque el amor me hace ver en ella tu espléndida hermosura, quiero á esa estatua, no como artista, sino como amante... Los griegos, nuestros maestros en el arte, nos ofrecen sublimes verdades en sus fábulas... y la de Pigmalion encierra mi historia. Nunca, estando al lado de mi estatua, he creido hallarme solo... y hoy que ya está casi acabada, hoy que ya tiene la apariencia de la realidad, tiemblo ante ella del mismo modo que ante tí. Tiene en el brazo con que sujeta la lira una ligera imperfeccion, que fácilmente se podria corregir... Pues no me atrevo

á empuñar el cincel... me parece que la estatua palpita y gime bajo el peso del martillo, y que á sus golpes va la sangre á brotar...!

LEONOR. ¿Tengo, pues, una rival?

ROLLA. No, una hermana.

LEONOR. Déjame verla. (Dando un paso hácia la estatua.)

ROLLA. Espera... Vas á encontrar en ella tantos defectos como bellezas yo imagino... Además, aún no está concluida... En fin, no te acerques, no eres tú quien debe descubrirla... no conviene presentar la verdad tan inmediata á la ilusion, la naturaleza tan cerca del arte, la vida tan próxima á la muerte.

LEONOR. Desconfias demasiado de tu talento.

ROLLA. Bien, juzga tú... (Descorre la cortina.)

LEONOR. ¡Ah! (Momento de silencio.)

ROLLA. ¿Qué?...

LEONOR. Que es preciso que esta estatua vaya al concurso, que hay que mandarla ahora mismo, sin perder instante...

ROLLA. Pero Leonor...

LEONOR. Jamás me perdonaria el ser la causa de que esta obra maestra quedase ignorada. Es necesario que se conozca, es necesario que triunfes, aunque para lograrlo tenga yo que arrostrar la cólera de mi padre y me vea envuelta en la deshonra!

ROLLA. ¡Obtener yo la gloria á costa de tu honor! ¡Eso nunca!

LEONOR. ¡Oh! no sé lo que me digo, ya lo ves... Tu amor, querido Rolla, podria halagar á una reina... ¿Qué hablabas de ilusion? Esto es realidad. ¿Dónde está la muerte? No, aquí hay vida... Tenías razon; respira, siente, va á hablar... ¡Ah, Rolla, Rolla; yo seré digna de tí, te lo prometo!... ¡Mi padre tiene ya fuerzas para oirme, y yo sabré tenerlas para hablarle!

ROLLA. Pues que él decida... espero el fallo. Mas advierte que si se opone á la publicidad de la estatua, ningun poder humano la hará salir de mi taller.

LEONOR. Consentirá, yo te respondo... Fia en mí, que sabré morir, ó llevaré tu nombre.

(Váse precipitadamente por la izquierda.)

ROLLA. Fiar puedo en su amor, mas no en su elogio... ¡Qué distinto será acaso el juicio del público!

STÉFANO (Desde fuera.) Abre, Rolla... soy yo.

ROLLA. ¡La voz de Stéfano! (Corre la cortina de la estatua, y se dirige á abrir la puerta.)

ESCENA VII.

ROLLA. — STÉFANO.

STÉFANO. ¡Ya estabas encerrado! ¡Ay, hermano, cuánto he corrido!

ROLLA. ¿Cómo vuelves tan pronto? ¿No ibas á pasar el dia con tu maestro?

STÉFANO. No me riñas. Mira... (Echa sobre la mesa un puñado de monedas.)

ROLLA. ¿Qué significa eso?

STÉFANO. Que somos ricos. Ya ves... ¡doce ducados!

ROLLA. ¿Quién te ha dado tanto dinero?

STÉFANO. No me lo han dado.

ROLLA. ¿Pues como...?

STÉFANO. Es que he vendido en muy buen precio tu San Pedro.

ROLLA. ¿Acaso ese tunante de Salomon?...

STÉFANO. Sí, sí; ¡en seguida iba él á soltar doce ducados de un golpe! Es una historia ménos sorprendente. Figúrate que al salir de aquí se me ocurrió dar un vistazo á las primeras obras presentadas al concurso... Como la exposicion se verifica en el palacio Appiani, y está cerca, no me causaba mucha estorsion... En fin, entré... acababan de abrir, y sólo me habian precedido dos personas; un jóven muy elegante y un caballero de barba blanca. Me uní á ellos para examinar las obras, y observé que el viejo en todas encontraba algo que censurar...

ROLLA. ¿Qué decia?

STEFANO. ¡Oh! las trataba con mucha severidad... Su compañero no hacía más que murmurar: «Sin embargo... no obstante...» Pero nada, nunca daba una razon. De pronto, cuando nos hallábamos delante de la mejor estatua, exclamó el viejo:—¡Ah!

que trabajo tan bonito! — Y al decir esto, me dió una palmadita en la espalda. Yo, creyendo que me preguntaba mi opinion, contesté al punto: —En efecto, no es mala obra.—¿Y á dónde la llevas? replicó él. — Señor, repuse, á pesar de vuestros años, se conoce que gastais buen humor. ¿Cómo quereis que pueda yo con una estatua de mármol de tamaño natural?—No, hombre; no me refiero á la Santa Cecilia, sino al San Pedro de madera que teneis en la mano.—¡Ah! ya; pues lo llevo á vender.—Yo te lo compro, ¿quieres?—¿Por qué no?—Entónces cogió en sus manos la estatua, y dirigiéndose á su compañero añadió en voz alta: —Mirad, señor marqués... encargado como estais por el gran Duque de la direccion de sus museos y de reunir en ellos buenas obras de todas épocas, debeis quedaros con ésta; es de los mejores tiempos del arte gótico... sin duda procede de alguna antigua capilla.—El llamado marqués la examinó algun tiempo, y me preguntó cuánto queria por ella; á lo cual respondí yo, conteniendo la risa:—Señores, ni quiero que se me pueda acusar de haber cometido un sacrilegio, ni mi honradez me permite engañar á nadie... Mi San Pedro no es tan viejo como creeis, ni mucho ménos; hará dos horas á lo sumo que ha salido de las manos de su autor; es una imitacion.—El jóven se echó á reir, y el otro dijo con acento de

mal humor:—Es verdad, ahora veo que es una imitacion; pero es igual, el que la ha hecho tiene talento. ¿Cómo se llama?—Yo contesté que era un secreto... No insistió el viejo... Me dió el jóven su bolsa... la tomé haciendo una ceremonia y sin detenerme á ver su contenido... y héme aquí.

ROLLA. Aquella bagatela no valía doce ducados.

STÉFANO. ¿Y qué...? ¿Debí rehusar lo que me daban?

ROLLA. Eso, no. (¡Ah! la ansiedad me devora... No puedo estarme quieto... necesito aire... Además no conviene perder tiempo, por si acaso... Iré á encargar el aparejo y á prevenir á los mozos. Aún tardaré en recibir la contestacion de Leonor) y puedo ir tambien á ver las obras presentadas.... (Coge algunas monedas.)

STÉFANO. ¿Tomas dinero?

ROLLA. La mitad. El éxito del San Pedro es un presagio feliz.

STÉFANO. ¿Para el de Santa Cecilia?

ROLLA. Tal vez. (Váse.)

ESCENA VIII.

STÉFANO, *solo.*

¡Ah! no me habia equivocado; esa cortina oculta una Santa Cecilia. Mas, ¿por qué tanto secreto? Por orgullo, sin duda, por temor á un desenga-

ño... Si se ha decidido á llevar su obra á la exposicion, confianza debe tener en el triunfo. Sin embargo, nada terminante ha dicho... ¿Quién sabe si mudará de propósito? Haga el cielo que nò desista... Pero alguien llega. ¡Calle! Son los que ví en la exposicion!

ESCENA IX.

STÉFANO.-EL MARQUÉS APPIANI.-MIGUEL ANGEL.

MIGUEL. Buenos dias.

STÉFANO. Bienvenidos, señores. ¿Cómo habeis podido averiguar...?

MIGUEL. Por el anticuario Salomon.

STÉFANO. (¡Viejo indiscreto!...)

EL MARQUÉS. Confesad, amigo, que no os perdonais la equivocacion. Que yo incurriera en ella, pase; pero vos...

MIGUEL. ¿Está el dueño de la casa?

STÉFANO. ¿Cuál?

MIGUEL. El artista.

STÉFANO. Como somos dos... Pero, en fin, el que sin duda buscais, ha salido.

MIGUEL. Le esperaré.

EL MARQUÉS. ¿Olvidais que el gran Duque os aguarda?

MIGUEL. Que tenga paciencia.

El marqués. (Bastante se necesita para sufrir á este hombre.)

Stéfano. Tomad asiento y perdonad si no puedo ofreceros otro más cómodo.

Miguel. ¿Conque tú tambien vives aquí?

Stéfano. Con mi hermano.

Miguel. ¿Qué edad tiene?

Stéfano. Veinte años.

Miguel. ¿Y se ocupa en obras de más importancia que la que nos has vendido?

Stéfano. ¿De más decís?

Miguel. Sí, tu hermano tiene talento, y no debe perder el tiempo en bagatelas.

Stéfano. ¡Bagatelas! ¡No decíais eso hace poco!

Miguel. Si él creyera lo contrario, firmaria sus obras. ¿Cómo no ha enviado una estatua al concurso de Santa Cecilia?

Stéfano. Lo ignoro; es muy reservado y nada me ha dicho.

El marqués. Vamos, maestro, convenid en que os habeis equivocado segunda vez. Cierto que la estatua de San Pedro es agradable; pero no revela ningun talento superior... Venid, pues...

Miguel. He dicho que no. Ese hombre ignora quizás lo que puede hacer, y quiero tener el gusto de anunciárselo. Un sólo dístico, señor marqués, basta para revelar un poeta; y un buen escultor da á conocer su mérito con un sólo golpe de cin-

cel. ¿Quién sabe si voy á estrechar la mano de un hombre de genio? Es un placer que pocas veces se experimenta.

El marqués. Severo estais.

Miguel. Jamás creí que un siglo que empezó con Rafael y Leonardo... pero más vale callar, podríais tacharme de envidioso.

El marqués. Conozco la nobleza de vuestro carácter.

Miguel. Y yo á mis enemigos de Florencia; sé que me juzgan celoso de las obras ajenas... ¡Triste privilegio del artista! Recoger injurias en premio de su trabajo! El dia más amargo de mi vida fué aquel en que murió ese divino genio que llevó el nombre ya ilustre de Rafael. Entré en su casa honrada con los lauros de Leon X. Junto al lecho mortuorio se habia colocado *La transfiguracion*, esa obra maestra de la pintura, no acabada, sin duda, para hacer patente tan irreparable pérdida. Tú solo, ¡oh, Rafael, sabes las lágrimas que vertí sobre tu cadáver!... Pues bien, al salir de la estancia, observé que todas las miradas se fijaban en mí, como esperando encontrar en mi rostro alguna señal de secreta alegría; nadie creyó en la sinceridad de mi dolor!

El marqués. Desechad esos tristes recuerdos, y no dudeis de que al volver á Florencia, despues de quince años, hallais los mismos admiradores y

amigos. Quedaos aquí algun tiempo y os convencereis. ¿Qué os llama á Roma?

MIGUEL. Mis discípulos, mi trabajo... la costumbre.

EL MARQUÉS. ¡Ah! maestro Miguel, si el gran Duque oye mis ruegos, permanecereis en Florencia, mal que os pese.

MIGUEL. Nada obtendreis de mí á la fuerza.

EL MARQUÉS. ¿Quién sabe? De todo soy capaz porque asistais á una fiesta que se prepara en mi palacio.

MIGUEL. ¿Una fiesta?

EL MARQUÉS. La de mi boda.

MIGUEL. ¡En Florencia! ¿Pues no estaba concertada con la hija menor del príncipe Colonna?

EL MARQUÉS. Era un proyecto de familia, para el cual no habia sido consultado, y jamás consentiré en esa union. Me caso con la hija de un genovés proscrito por injusticias del Senado.

MIGUEL. ¿Con la hija de un proscrito? ¡Noble accion! (Se acerca á Stéfano que ha estado dibujando durante la conversacion de Miguel y el marqués.) ¿Tú tambien eres escultor? (A Stéfano.)

STÉFANO. Soy pintor.

MIGUEL. ¿Quién es tu maestro?

STÉFANO. Andrea Solari.

MIGUEL. ¿Y el de tu hermano?

STÉFANO. Tiene dos igualmente poderosos y admirables, como él dice: uno, la naturaleza...

MIGUEL. ¡Bravo! ¿Y el otro?

STÉFANO. Miguel Angel.

MIGUEL. ¿En qué ciudad ha estudiado sus obras?

STÉFANO En todas partes; Miguel Angel es como el sol: ilumina y fecundiza toda la Italia. Solo en Génova carecíamos de originales.

MIGUEL. ¿Sois de allá?

STÉFANO. Sí, pero hace un año que vivimos en Florencia.

EL MARQUÉS. Génova... Florencia... ¡qué casualidad! ¿Cómo se llama tu hermano?

STÉFANO. Rolla.

EL MARQUÉS. (¡Rolla! El escultor genovés de quien me ha hablado el conde Grimari. ¡Encuentro singular! ¿Le amará Leonor? No puedo creerlo. Volveré á verle, sin embargo.) Maestro Miguel, os dejo. Ese jóven se hace esperar demasiado, y no puedo detenerme.

MIGUEL. Adios, pues.

EL MARQUÉS. (A Stéfano.) Volveré á comprar estatuas á tu hermano. (Vase.)

ESCENA X.

STÉFANO.—MIGUEL.

MIGUEL. ¿Crees que tardará mucho?

STÉFANO. Me admira que ya no esté aquí. Se habrá detenido tal vez en la exposicion.

MIGUEL. ¿Cómo no ha hecho alguna obra para ella?

STÉFANO. ¡Quién sabe si ya está hecha!

MIGUEL. ¿Se oculta detrás de ese lienzo?

STÉFANO. ¡Lo sabíais!

MIGUEL. Lo he adivinado. Mas ¿por qué la esconde?

STÉFANO. Él lo sabrá.

MIGUEL. ¿Quieres mucho á tu hermano?

STÉFANO. Con toda el alma.

MIGUEL. Pues por su bien, háblame con franqueza.

STÉFANO. ¡Ah! señor, es que yo nada sé, nada puedo deciros...

MIGUEL. Es preciso que sepamos á qué atenernos. (Dando un paso hácia la estatua.)

STÉFANO. Imposible; me lo tiene prohibido.

MIGUEL. No sé por qué, me figuro que su obra merece el premio.

STÉFANO. Yo me atreveria á jurarlo.

MIGUEL. Le animaremos á que la presénte.

STÉFANO. Decís bien.

MIGUEL. (Aproximándose á la estatua.) La cortina no corre.

STÉFANO. Esperad, yo vigilaré... (Dirígese á la puerta.)

MIGUEL. ¿Hay algun resorte?

STÉFANO. (Desde la puerta.) Sí, á la derecha, á la altura de la mano...

MIGUEL. Ya dí con él (Se descorre la cortina y Miguel contempla la estatua.) ¡Ah! ¡es una obra maestra!

STÉFANO. (Acercándose tambien.) ¡Admirable!

MIGUEL. No me habia engañado.

STÉFANO. ¡Qué expresion tan celestial! Pero ¡calle! yo conozco esa cara... Sí, sí, es ella, es Leonor.

MIGUEL. (Sin escucharle.) ¡Italia! ¡Italia! ¡Este es uno de los dias más hermosos de mi vida! No me extraña que la haya ocultado á la vista de todos. La luz, el aire, una mirada, podrian alterar ese frágil mármol... marchitar esa delicada flor exuberante de hermosura! ¡Ya puedes morir, viejo Miguel; tienes un sucesor! (Retrocede algunos pasos y se lleva la mano á la frente.) ¡Ah! el brazo que sostiene la lira tiene un pequeño defecto.

STÉFANO. ¡Un defecto!

MIGUEL. En la articulacion... salta á la vista.

STÉFANO. Pues no lo veo.

MIGUEL. Alguien llega... ¿será él? (Stéfano se dirige á la puerta, y miéntras, Miguel Angel coge un cincel y un mazo y corrige el defecto.)

STÉFANO. (Volviendo.) ¿Qué haceis, desdichado?

MIGUEL. Nada temas; tu hermano agradecerá mi visita.

STÉFANO. ¡Oh! Ya está aquí. (Miguel Angel vuelve á echar la cortina.)

ESCENA XI.

DICHOS.—ROLLA.

ROLLA. (Preocupado.) Deseaba la publicidad y ahora la temo.

STÉFANO. ¿Cómo has tardado tanto?

ROLLA. ¡Ah! querido Stéfano, porque he ido á ver la exposicion.

STÉFANO. ¿Y qué?...

ROLLA. Hay tan bellas obras, que he hecho bien en no concurrir...

MIGUEL. (Presentándose.) ¿Temeis acaso una derrota?

ROLLA. ¡Señor!...

STÉFANO. Es quien nos ha comprado el San Pedro.

ROLLA. En mucho le habeis estimado. ¿Me conocíais de ántes?

MIGUEL. No, pero os pareceis mucho á una persona de quien hablaba hace poco, y cuya muerte me hizo derramar las primeras lágrimas de mi vida.

STÉFANO. Un hijo quizás.

MIGUEL. ¡Ojalá hubiera podido darle ese nombre! Mas permitidme que no participe de vuestra opinion respecto á las estatuas del concurso. La mejor me parece mala.

ROLLA. Para apreciar bien los trabajos de un artista, comprender su pensamiento y hacer justicia á sus esfuerzos, se necesita...

MIGUEL. Ser artista, no lo niego. A vuestra edad lo era yo tambien. ¿Quereis darme la mano, hermano mio?

ROLLA. De todo corazon... Pero ¿quién sois?

MIGUEL. Un vecino de Roma. (Váse.)

ESCENA XII.

ROLLA.—STÉFANO.

ROLLA. ¡Un vecino de Roma!

STÉFANO. Eso ha dicho.

ROLLA. ¿Y qué me importa? Escucha, Stéfano; necesito salir de la incertidumbre en que estoy... He hecho una santa Cecilia. Vas á verla... Prescinde del afecto que me tienes, y dime imparcialmente qué te parece. Tu juicio puede decidirme.

STÉFANO. (¡Dios mio! Va á conocer lo que ha hecho el otro.)

ROLLA. Prométeme, sin embargo, no hablar á nadie del secreto que vas á descubrir.

STÉFANO. Te lo prometo, pero...

ROLLA. Ven, ven y dime si el brazo que sostiene la lira... (Descorre la cortina.) ¡Cielos! ¿qué miro? Stéfano, ese hombre... ha visto la estatua...

STÉFANO. (Turbado.) Dijo que era por tu bien...

ROLLA. Y ha corregido su imperfeccion...

STÉFANO. No lo pude impedir.

ROLLA. ¡Ah! Es Miguel Angel.

STÉFANO. ¡Miguel Angel! ¿Es posible?

ROLLA. (Riendo y llorando.) Miguel Angel en mi casa... en mi casa que es ya un templo... He estrechado su mano... me ha llamado hermano suyo... Corazon, que yo te sienta... aire... me ahogo... (Cae desvanecido sobre las gradas.)

STÉFANO. Vuelve en tí, tranquilízate... Miguel Angel ha dicho que tu estatua es una obra maestra, y su juicio es el de Italia. Animo, pues, que hoy es el dia de tu triunfo.

ROLLA. ¡Quién sabe lo que sucederá! A otra emocion tan fuerte como la que acabo de sufrir, sucumbiria de seguro. ¡Dios mio! (Arrodillándose.) He pasado dias de amargura; como vos he llevado mi cruz, y como vos he caido algunas veces aniquilado... pero nunca he maldecido mi suerte... Aceptad las bendiciones de mi alma por haber cambiado hoy mi corona de espinas en corona de laureles! (Se levanta.) Y tú, partícipe único de mis esperanzas y de mis penas, alma generosa que me prestaba valor en mi desfallecimiento, dulce mano que enjugaba mi frente... tú, hermano mio, que has luchado conmigo, participa tambien de mi victoria... abrázame.

STÉFANO. ¡Ya eres feliz! (Abrazándole.) Sé digno de tu dicha en adelante. ¡Y yo que te acusaba de haberla olvidado! ¡Leonor, querida hermana!

ROLLA. ¿La has reconocido? Pues recuerda la promesa que me has hecho. Nuestro amor es un secreto todavía. (Corre la cortina de la estatua.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—UN PAJE.

EL PAJE. (Presentando una carta.) Para el señor Rolla.

ROLLA. ¡Ah! tú sirves al senador Andrea Costa. Esos son sus colores y sus armas. (Toma la carta, y el paje hace un signo afirmativo.)

STÉFANO. ¡Estás temblando, hermano!

ROLLA. Es que recibo con respeto el mensaje de nuestro antiguo protector. (Leyendo.) «Rolla: Mi »hija me lo ha revelado todo, y con gusto con»sentiria en vuestra union si no tuviera un hijo »que debe heredar el nombre y la fortuna de sus »abuelos. Considera que casándose el marqués »Appiani con Leonor, el gran Duque se intere»sará cerca de la república de Génova para que »se me devuelvan mis bienes y mis honores, que »son los de mi hijo. Te pido un sacrificio tan »grande como el que espero de Leonor; pero con»fio en que tendrás presente que Lisa del Giocun»do fué deshonrada cuando Leonardo de Vinci »dió á conocer su retrato. Piensa en mi vejez, y »salva el honor de una familia que te ha conside-

»rado como hijo.» (Hablando.) ¡Ah! ¡Dios mio!

El paje. ¿Qué respuesta debo llevar á mi señor?

Rolla. Que mi hermano irá á dársela muy pronto.

(Váse el paje.)

Stéfano. Esa agitacion... ¿Qué te dice el señor Andrea?

Rolla. Que renuncie á exponer la estatua.

Stéfano. ¡Imposible!

Rolla. Es el retrato de su hija.

Stéfano. Y qué, ¿no puedes haberlo hecho de memoria?

Rolla. Vé á su casa y dile que mi obra solo á él pertenece; que su más leve indicacion bastará para hacerla desaparecer.

Stéfano. ¡Desgraciado!

Rolla. La dicha es la sombra de la criatura; ó va delante ó detrás de ella! Corre, Stéfano...

Stéfano. Bien. (Yo sé lo que debo hacer. Un hombre hay que puede remediarlo todo.) (Váse.)

Rolla. ¡Leonor! ¡Leonor! ¿Para qué quiero ya la gloria, si no puedo ofrecértela? ¡Tu deber es sacrificarte, y el mio es aceptar tu sacrificio!

ESCENA XIV.

ROLLA.—EL MARQUÉS, *con acompañamiento.*

ROLLA. ¡Ah, señor, vos aquí! ¿Qué deseais?

EL MARQUÉS. Soy el marqués Appiani. Sé que habeis concluido una estatua para el concurso... Miguel Angel la ha visto, y hace de ella tales elogios que el gran Duque me encarga os la pida.

ROLLA. ¿A vos?

EL MARQUÉS. Seguidme; su Alteza desea veros.

ROLLA. (¡Qué fatalidad!) ¿Y si estuviera vendida?

EL MARQUÉS. Se doblará la suma.

ROLLA. ¿Y mi palabra?

EL MARQUÉS. Toda palabra puede recogerse.

ROLLA. Por quien no estime su honra.

EL MARQUÉS. ¡Sabed que el gran Duque está dispuesto á concederos el laurel de oro!

ROLLA. Gracias; no quiero la gloria como premio de una villanía.

EL MARQUÉS. ¿Olvidais que los deseos del gran Duque son órdenes?

ROLLA. Para sus vasallos, tal vez; pero yo soy genovés.

EL MARQUÉS. En Florencia habeis esculpido vuestra estatua, y á Florencia pertenece.

ROLLA. Pues digo que no ha de ser.

El marqués. ¿Qué razon teneis para rehusar?

Rolla. ¿Y qué derecho teneis vos para saberla?

El marqués. ¿Os rebelais? Emplearemos la fuerza... Señores, ahí debe estar la estatua... descorred esa cortina...

Rolla. No, asesinad al artista sobre los restos de su obra. (Corre hácia las gradas, coge un martillo y pasa detrás de la cortina; óyese un grito de desesperacion y el ruido de un mármol que se rompe. Vuelve Rolla á la escena y deja ver la estatua hecha pedazos. La enseña al marqués y prorumpe en una risa frenética.) ¡Ahí la tienes... puedes llevarla á tu señor! (Retrocede algunos pasos, y cae desvanecido.)

El marqués. ¡Infeliz! ¿Qué ha hecho? ¿Qué he hecho yo? (Los acompañantes del marqués levantan á Rolla y le atienden.) Ya vuelve en sí; salgamos, no podria soportar su presencia. (Vanse todos.)

ESCENA XV.

ROLLA, *solo*.

¡Leonor! ¿Dónde estoy? ¡Qué pesadilla tan horrible! No, no... ¿qué ha pasado? ¡En vano trato de coordinar mis ideas!...

ESCENA XVI.

ROLLA. — ESTÉFANO. — *En seguida* MANUEL, ASCANIO y TEBALDEO.

STÉFANO. ¡Rolla, Rolla!... traigo buenas noticias... He visto á Miguel Angel, y se lo he dicho todo... ¡Si vieras qué interes el suyo!... Ha entrado á ver al gran Duque... Tu triunfo es seguro...

TEBALDEO. Así se dice, y por eso venimos á felicitaros.

ROLLA. ¿Quiénes son esos hombres?

STÉFANO. Amigos sordos en la desgracia, y aduladores en la prosperidad.

ROLLA. Te engañas... vienen por mí... son esbirros...

STÉFANO. ¿Qué estás diciendo?

TEBALDEO. ¡Cómo nos mira! La gloria le ha trastornado.

ROLLA. Leonor ha venido...

STÉFANO. ¿Qué?

ROLLA. Y me ha mirado amorosamente... Pero como era preciso ocultarla á los ojos de todos... he cogido mi martillo y le he dado muerte.

STÉFANO. ¿A Leonor?

ROLLA. Sí, á Leonor... á Santa Cecilia... Para mi crímen no hay perdon. ¡Tan hermosa y no he te-

nido piedad de ella. (Conduce á Stéfano delante de la estatua. Todos exhalan un grito de dolor.)

Stéfano. ¡Ah! ¡pobre hermano mio!

Rolla. Llora, llora.... y abandóname. En mi furor, nada he respetado... sobre su tumba alzábase una estatua, y yo la he destruido... ¡Justicia divina, despierta!... ¡Castiga al amante que ha herido á su amada, al padre que ha asesinado á su hijo!... (Vuelve á caer.)

ESCENA XVII.

Dichos.—MIGUEL ANGEL.—LEONOR.—*Grandes y pueblo de Florencia.*

Miguel. ¡Qué has hecho, desgraciado! ¡Destruir tu obra en el momento mismo en que obtenía para tí la mano de tu adorada, y para su padre la libertad! Así lo ha prometido el gran Duque.

Leonor. ¡Oh! Rolla, todo mi amor no será bastante para recompensar tu sacrificio... ¿Pero qué, no me reconoces?

Miguel. Vuelve en tí. La pérdida es inmensa, pero no irreparable. Eres jóven... tú trabajarás y serás dichoso.

Rolla. ¡Miguel Angel!... ¡Leonor!

Miguel. ¡Tú amigo!

Leonor. ¡Tu esposa!

ROLLA. ¡Ah! ya os conozco... sois la dicha y la gloria... ¿Por qué llegais tan tarde?

LEONOR. No entiendo...

ROLLA. Mi sangre circula con dificultad... mis ojos se nublan!... ¡es la muerte que se acerca!... Leonor, Miguel Angel, pueblo de Florencia!... gracias por la espléndida agonía que me proporcionais... (Se oyen tres cañonazos.) Escucha, Stéfano, ese ruido anuncia al vencedor, ¿no es cierto? Pues... feliz él! (Muere.)

ESCENA XVIII.

Dichos.—UN EMISARIO *del gran duque y dos pajes, uno de los cuales lleva un cogin de terciopelo sobre el que está colocado el laurel de oro.*

EL EMISARIO. El gran Duque envía el laurel de oro á Rolla, y le concede un año para labrar otra estatua.

LEONOR. (Coronando á Rolla.) ¡Rolla amado, despierta!... Es el laurel de Rafael y de Petrarca.

MIGUEL. ES EL LAUREL DE VIRGILIO: solo honrará una tumba. (Se arrodillan todos, y cae el telon.)

Á MI QUERIDO AMIGO

EL DISTINGUIDO AUTOR DRAMÁTICO

D. Eduardo de Lustonó.

Querido Eduardo:

Despues de hecho el arreglo de esta obra, que yo no conocia, y cuyo original frances tuviste la bondad de proporcionarme, he sabido que ya estaba traducida desde hace muchos años; pero el deseo que me inspiró su lectura, de acomodarla á nuestra escena, y la complacencia con que realicé tan humilde trabajo, me han impulsado á darlo á luz, para tener el gusto de ofrecértelo como recuerdo de la amistad que te profesa

Ricardo.

D. Eduardo de Rusiñol.

OBRAS DRAMÁTICAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL DE MEDINA

AMNISTÍA, 12, MADRID.

Coello: Roque Guinart (drama, 3 a. verso)..	8	rs.
— La mujer propia (leyenda dramática)...	12	»
— El príncipe Hamlet (drama, 3 a. v.).....	8	»
R. de la Cruz: 26 sainetes escogidos (3 tomos).....	24	»
Zapata: La corona de abrojos (drama, 3 a. v.)	8	»
Santistéban: Nuestra Señora de Atocha (3 actos, verso).....	8	»
Navarrete: La cesta de la plaza (comedia, 1 acto, verso).....	4	»
Don Fernando el Emplazado (ópera española)	4	»
Medina: No por mucho madrugar (comedia, 1 acto).....	4	»
Coello y Campo: El paño de lágrimas (comedia, 2 actos).....	6	»
Balaguer: Coriolano (tragedia, 1 acto).....	4	»
— La muerte de Neron (tragedia, 1 acto)..	4	»

OBRAS DE SHAKSPEARE.

10 REALES CADA TOMO EN TODA ESPAÑA.

Otelo.—Mucho ruido para nada.....	1	tomo
Romeo y Julieta.—Como gusteis.....	1	»
El Mercader de Venecia. — Medida por medida.....	1	»
La tempestad.—La noche de Reyes.....	1	»
Hamlet.—Las alegres comadres de Windsor.	1	»

OBRAS DRAMÁTICAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL DE MEDINA

LIBRERÍA, IMPRENTA Y MADRID.

Cancio: Roger Bacon (drama en 3 a. y prosa). 2 »
— La cuna y la tumba (comedia dramática). 12 »
— El corazón: Lucha (drama. 3 a. y.)... 1 »
R. de la Cruz: El sainete desde Ramón de la Cruz hasta nuestros días (5 tomos). 24 »
Dicenta: La vergüenza: Aburrida (drama. 3 a. y.) 3 »
Echegaray: Mariana: Dineros son calidad (3 a. v.). 3 »
— Un, versos)... 3 »
Fernández: La cuna de la vida (comedia. 1 a. y.) 1 »
Pina Domínguez: Simple cosa (cuatro cuadros) 1 »
Rivera: Su primera misa (comedia. 1 acto). 1 »
Cornejo y Cano: El rollo de Segovia (comedia. 3 a. en v.). 2 »
Ruiz Aguilera: Revistas (zarzuela. 1 acto)... 1 »
— La novela de Sevilla (zarzuela. 1 acto).. 1 »

OBRAS DE SHAKSPEARE.

Á 2 REALES TOMO EN TODA ESPAÑA.

Otro.—Mucho ruido para nada..... 1 tomo
[illegible]... 1 »
[illegible] — 1 tomo. 2 »
[illegible]... 1 »
[illegible]... 1 »

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Lo que son los hombres, juguete cómico en un acto y en verso.

Más vale un por si acaso..., proverbio en un acto y en verso.

El soplo del diablo, juguete cómico en un acto y en verso.

¡Por una madre!, comedia en un acto y en prosa.

Una y no más, comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.

No por mucho madrugar..., proverbio en un acto y en verso.